

Evitemos que los Strangeloves jueguen con fuego

El Ciudadano · 6 de abril de 2024

Es importante entender que una tercera gran guerra en suelo europeo tendría consecuencias terribles para generaciones y, por lo tanto, es necesario hacer todo lo posible para evitarla.



Por **Enrico Tomaselli**

Como se ha dicho varias veces en estas páginas, un grave problema para el ***Occidente colectivo***, y en particular para esa parte de él que se reúne a la sombra de la **OTAN**, es esa ***especie de autismo que lo distingue***, donde este término pretende aludir a la barrera de incomunicabilidad que se erige constantemente entre el pensamiento (diplomático y estratégico) de los líderes y la realidad real. Y hay un aspecto en particular que es significativamente problemático, y que es independiente de cualquier evaluación de méritos, y es la incapacidad de *comprender los motivos del enemigo*.

Desgraciadamente, la acción de la propaganda, que desde el principio se ha centrado en la deshumanización del enemigo, ha creado una especie de efecto *boomerang*, por el que las propias élites políticas occidentales han sido víctimas, perdiendo de vista un aspecto fundamental.

Se trata incluso de un mecanismo mental *clásico*, en su previsibilidad: puesto que hay que negar en *embrión* que el enemigo pueda tener razones, se acaba por malinterpretarlas y, en consecuencia, no entender el cómo y el por qué de sus acciones presentes y futuras.

En concreto, negarse a tener en cuenta el enfoque de **Rusia** en el conflicto contra Occidente da lugar a una incapacidad para evaluar y predecir adecuadamente cuáles podrían ser los próximos movimientos.

No es casualidad, de hecho, que estas evaluaciones oscilen constantemente entre extremos opuestos, que ven a Rusia ahora como una horda bárbara ansiosa por atacarnos, ahora como un país al borde del colapso.

La realidad, en cambio, nos dice que las decisiones de **Moscú** responden a una lógica muy clara y precisa, que a su vez es claramente atribuible a lo que para los rusos son sus intereses estratégicos.

En particular, toda la historia del conflicto ucraniano, a partir de 2014, nos dice algunas cosas extremadamente significativas y obvias. Moscú se ha mostrado, en los últimos años, muy reacio a aventurarse en un conflicto que imaginaba mucho más desafiante -sobre todo desde el punto de vista geopolítico- que los vividos anteriormente contra la insurgencia islamista en **Chechenia** y con **Georgia**. Pero, al mismo tiempo, cuando sintió que el nivel de *amenaza percibido* estaba a punto de cruzar un umbral peligroso, no dudó en intervenir militarmente.

Y esto nos dice dos cosas muy importantes. En primer lugar, que la cuestión fundamental no es lo que piensa y/o quiere la OTAN, sino cómo se perciben los movimientos de la OTAN en Moscú. Y la segunda es que cuando la percepción cruza un umbral de alarma, Moscú está listo para atacar primero.

Ahora bien, si consideramos en esta perspectiva todo el belicismo que se extiende por **Europa**, y que se compone no sólo de palabrería sino también de hechos concretos, debemos darnos cuenta de que, desde el punto de vista ruso, no es posible evitar tomarlo en serio. Y que, en consecuencia, es muy probable que si este *estado de ánimo* agresivo no disminuye, si por el contrario se traduce cada vez más en acciones dirigidas, llegará un punto en el que la percepción de la amenaza será tal que sugerirá que la confrontación es inevitable. Y así, lógicamente, Rusia se inclinará a atacar antes de que las capacidades de la OTAN alcancen un umbral crítico, como para preocuparla. Si, en resumen, Moscú se convenciera a sí mismo de que los países europeos se están preparando realmente para una guerra, no esperaría hasta que estuvieran realmente listos para librarla, y atacaría.

En este punto, también es necesario destacar la importancia de la percepción en el ámbito occidental, y particularmente en el europeo. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Occidente se ha visto envuelto en numerosas guerras, prácticamente todas ellas -a excepción de la guerra de **Corea**- absolutamente asimétricas, conducidas proyectando sus fuerzas armadas a miles de kilómetros de distancia, y sobre todo siendo siempre el agresor.

El lanzamiento de la *Operación Militar Especial* rusa, en febrero de 2022, produjo, por tanto, una conmoción, porque por primera vez en casi 80 años se produjo una situación exactamente inversa: la guerra vuelve a Europa, es una guerra simétrica, y no somos nosotros los que atacamos sino que somos atacados. Esto, repito, en la percepción de Europa occidental. A esa primera conmoción se sumó otra, cuando los líderes europeos se dieron cuenta de que **Estados Unidos**, después de haber desencadenado y alimentado el conflicto, está a punto de retirarse de él, descargando la carga sobre los *aliados* del viejo continente. Y lo que es más, ciertamente no gastarían tanto para defenderlos, en caso de que el conflicto se extienda. En ese momento, se desencadenó lo que yo llamo el *síndrome de Aníbal* ¹, que los sumió en el pánico y en una loca carrera armamentista ².

La posibilidad de una gran guerra convencional en suelo europeo, por tanto, no es una hipótesis de ciencia ficción o remota, y ello a pesar de que es probable que muchos actores de la escena no lo deseen realmente. De hecho, estamos en un plano inclinado, que a su vez se inclina cada vez más a medida que avanza. Y es precisamente la inconsciencia con la que se mueven las élites europeas lo que más preocupa hoy en día.

Por lo tanto, dado que, independientemente de las intenciones reales y de la plena conciencia, el escenario que se está desarrollando contempla al menos concretamente esta posibilidad, puede ser un ejercicio útil tratar de razonar sobre cómo se desarrollaría este conflicto, cuáles son los problemas con los que se encontraría la OTAN y, por tanto, qué resultados son previsibles.

Desde el punto de vista de la OTAN-UE, los problemas a los que hay que hacer frente, en la perspectiva de un conflicto con Rusia, son numerosos, de diversa índole, y algunos simplemente insuperables.

Para empezar, por muchos esfuerzos de coordinación que se hagan, estamos hablando de 27 a 32 países diferentes, con diferentes fuerzas armadas, diferentes intereses estratégicos, diferentes fuerzas políticas, económicas e industriales. Esta fragmentación no es algo que pueda resolverse a corto plazo, ni mucho menos de manera imperiosa, y en ausencia de un liderazgo fuerte (el que **Macron** quisiera obtener para **Francia**, pero que ni él ni su país son capaces de ejercer) cualquier intento de homogeneización solo puede pasar por un proceso de mediación, por su naturaleza lento e inestable.

La transición a una economía de guerra, más allá del entusiasmo fácil con el que los líderes europeos se llenan la boca, es algo extremadamente complejo, que requiere mucho tiempo y una inversión considerable. Además, el desarrollo de un sistema industrial capaz de soportar las necesidades bélicas de un conflicto simétrico y de muy alto consumo requiere tanto una gran disponibilidad de energía como una adaptación de las infraestructuras (redes de comunicación y sistemas de transporte, en primer lugar). Todas estas son cosas de las que los países europeos tienen muy poco. Y a la que no es fácil, y mucho menos rápido, encontrar soluciones.

Otro aspecto fundamental, que con demasiada frecuencia se olvida, es que la guerra tiene mucho que ver con la geografía.

Rusia, a diferencia de Europa –y lo ha demostrado varias veces en la historia– posee algo extremadamente importante, *una profundidad* estratégica. Es decir, puede retirarse, ceder territorio al enemigo que avanza, sin arriesgarse nunca a encontrarse sin un espacio adicional para retirarse, al mismo tiempo que consume las fuerzas enemigas y alarga constantemente sus líneas logísticas y de suministro. Por otro lado, para los europeos, cualquier retirada del frente significa el probable colapso de uno o más países.

Además, Europa sólo tiene una barrera natural importante hacia el este, a saber, los **Cárpatos**, que, sin embargo, protegen el oeste de **Rumanía** y **Hungría**, pero que pueden evitarse tanto al norte (a lo largo del eje **Lviv-Varsovia-Berlín**) como al sur (a lo largo del eje **Chisinau-Bucarest-Sofía**).

Pero, por supuesto, los mayores problemas son los relacionados con el instrumento militar.

Los ejércitos europeos son pequeños, mal armados, prácticamente sin experiencia en combate. Esto es consecuencia de una doble estratificación, determinada desde el final de la *Guerra Fría*, y por un lado la orientación hacia guerras cortas, asimétricas o largas, pero de guerras contrainsurgentes, y siempre proyectadas a miles de kilómetros, y por otro lado la *delegación* a las fuerzas armadas norteamericanas en lo que respecta a la protección última y de mayor nivel.

El apoyo a **Kiev** en los últimos dos años también ha revelado otros problemas estructuralmente presentes en los ejércitos europeos. *En primer lugar*, la escasez de municiones, que el conflicto ucraniano ha demostrado ser un factor central, y que obviamente tiene que ver directamente no solo con las existencias, sino con la producción industrial. En segundo lugar, pero no tanto, los sistemas de armas occidentales, especialmente en el sector de los MBT y los tanques blindados, están sobrevalorados en gran medida, y en la prueba de fuego demuestran ser pesados, delicados y de poca efectividad en combate.

El hecho de que los ejércitos occidentales se hayan centrado mucho en una (presunta) superioridad tecnológica ha puesto de manifiesto todos los límites de tal enfoque, ya que la mayoría de los sistemas de armas utilizados son extremadamente caros, producidos en cantidades limitadas y con tiempos medio-

largos, sujetos a un rápido desgaste y que requieren un mantenimiento especializado continuo. Y, además, ni siquiera son capaces de asegurar una ventaja decisiva en el campo.

La sofisticación del armamento también se refleja negativamente en otro de los aspectos problemáticos a los que se enfrentan las fuerzas armadas europeas. De hecho, la necesidad de desplegar un mayor número de personal militar no es sólo un problema de cambio en los sistemas de reclutamiento, sino también y sobre todo de capacitación. El uso de herramientas tecnológicamente sofisticadas requiere no solo un mayor tiempo para aprender a usarlas, sino también un número suficiente de instructores competentes y lugares para la capacitación. Lo cual, por supuesto, no es simplemente una cuestión de, por ejemplo, conducir un carro o usar un arma.

La parte más compleja es la gestión del combate, es decir, la capacidad de utilizar sistemas de armas en condiciones de coordinación multinivel, entre diferentes unidades y con diferentes roles, etc. Todas estas son cosas extremadamente difíciles de simular, y a las que incluso las maniobras periódicas de la OTAN solo pueden responder hasta cierto punto. Tanto porque obviamente son básicamente desfiles, que tienen lugar en un contexto completamente desprovisto de los elementos de imprevisibilidad y peligro real que toda batalla trae consigo, como porque todavía involucran a un número limitado de personal.

Por lo tanto, un aumento del personal militar europeo, a corto y medio plazo, no tendría un impacto significativo en las capacidades de combate. Obviamente sin considerar el factor psicológico, que en una guerra de desgaste de alta intensidad alcanza niveles considerables de estrés, especialmente para los reclutas *culturalmente* no preparados para la perspectiva de la guerra.

Según algunas estimaciones, la OTAN tendría que desplegar al menos 300.000 soldados en sus fronteras orientales para enfrentarse a Rusia. De estos, se supone que al menos un tercio son militares estadounidenses, pero esto dependerá mucho del resultado de las próximas elecciones presidenciales de Estados Unidos y de lo que siga. En cualquier caso, se trata de un frente muy largo, que abarca desde el mar **Báltico** hasta el mar **Negro**, aunque presumiblemente el grueso se concentraría en **Polonia**. Prácticamente ninguno de estos hombres tendría experiencia de combate en una guerra simétrica de fuego intensivo. Sólo unas pocas decenas de miles podían jactarse de luchar contra las bandas guerrilleras.

Contra ellos, Rusia supuestamente desplegaría no menos de dos millones de hombres, prácticamente la mitad de los cuales fueron entrenados en el campo ucraniano.

La disparidad en las capacidades de combate, además (y como bien demuestra el conflicto ucraniano), se refleja inmediatamente en la cantidad de pérdidas, y en la dificultad de reemplazarlas. Los ejércitos europeos pronto se encontrarían desplegando principalmente *carne de cañón*.

Los ejércitos de la OTAN, además, están estructurados en función de conflictos *rápidos* y de alta movilidad, mientras que es razonable pensar que este posible conflicto tendría las mismas características que el que se libra en **Ucrania**, solo que a una escala mucho mayor. Y esto, inevitablemente, aumentaría las dificultades para las fuerzas estructuradas sobre un modelo radicalmente diferente al que tendrán que enfrentar.

Es probable que las fuerzas armadas de la OTAN solo tengan una ventaja en términos de aviación, ya que tienen un mayor número de aviones, especialmente de cuarta y quinta generación. Obviamente, la cuestión es si esta superioridad es suficiente para asegurar, si no el dominio del aire, al menos una capacidad de ataque eficaz. Ciertamente, las fuerzas armadas rusas tienen excelentes sistemas antiaéreos y antimisiles,

pero es probable que no sean tanto estos los que marquen la diferencia, sino el sector en el que el dominio ruso es bastante claro, es decir, los misiles y las bombas planeadoras.

La fuerza aérea de la OTAN, de hecho, mucho más que superar las defensas rusas, debería preocuparse por poder despegar. Dado que la superioridad occidental es bien conocida, es razonable pensar que los rusos lanzarían primero una andanada de misiles hipersónicos sobre las principales bases aéreas de la OTAN, que alcanzarían el objetivo en pocos minutos ³.

El sector de los misiles es sin duda uno de los que Moscú podría aprovechar más fácilmente para asegurarse una ventaja estratégica. Además de ser utilizable para *paralizar* la fuerza aérea occidental, de hecho, también podría usarse para golpear con precisión otros objetivos: rutas de comunicación, fábricas y depósitos de armas, centros de mando...

Rusia también tiene ahora un sólido historial en el uso de drones de todo tipo, tanto para observación como para ataque, así como en el desarrollo de sistemas de contraataque para este tipo de sistemas de armas, desde *interferencias electrónicas* hasta drones antidrones, pasando por pequeñas unidades móviles de interceptación y derribo recientemente establecidas.

De acuerdo con las evaluaciones de varios expertos militares, las fuerzas armadas de la OTAN presumiblemente (y basándose únicamente en la potencia de fuego) tendrían una posibilidad de resistencia de unos dos a tres meses. Es razonable pensar en un período más largo, digamos al menos seis meses, antes de que podamos estabilizar el frente. Pero, por supuesto, en ese momento la línea de batalla estaría abundantemente dentro de los países europeos, con todo lo que ello conlleva tanto militar, moral y psicológicamente. Con toda probabilidad, los países bálticos serían ocupados, al igual que **Moldavia**, partes de Rumanía y Polonia, incluida **Varsovia**. El nivel de devastación en la retaguardia sería asombroso y la *resiliencia* de las poblaciones estaría muy en riesgo.

Aunque un conflicto europeo que termine con una nueva derrota de la OTAN sonaría como una alarma roja, para Estados Unidos todavía es muy poco probable que decida salir al campo por sí mismo. A diferencia de las dos guerras mundiales anteriores, de hecho, en primer lugar el enemigo tiene ahora un poderoso arsenal nuclear, con el que fácilmente podría causar un daño espantoso a los propios Estados Unidos, y entonces en este caso ya no sería una guerra dirigida a la expansión imperial, sino una pieza del conflicto más amplio que **Washington** está librando para defenderlo.

Como hemos dicho en el pasado, **América** sin Europa es solo una gran isla, pero en el contexto geoestratégico en el que estamos pensando, también es un *peón* prescindible.

Por las mismas razones, es prácticamente imposible que Francia o **Gran Bretaña** (los únicos países europeos de la OTAN que las poseen) utilicen armas nucleares con fines defensivos. En ese caso, de hecho, ni siquiera se trataría de una *destrucción mutua asegurada*, sino de la destrucción total de Europa.

Un conflicto convencional de esta magnitud, sin embargo, supondría una seria amenaza para una serie de bases absolutamente estratégicas para los Estados Unidos, cuya relevancia se extiende mucho más allá del teatro europeo. En particular, el de **Ramstein** en **Alemania**, y los de **Sigonella** y **Niscemi** (**MUOS**). Es razonable pensar, por tanto, que desde el momento en que se vislumbre una situación de tipo ucraniano (pérdidas territoriales significativas, dificultades de resistencia, fragilidad de los equilibrios políticos internos...) que Washington maniobraría para *congelar* la situación antes de que *ponga en serio* peligro los nodos más importantes de su red militar global.

Obviamente, incluso más allá de las pérdidas humanas y materiales, el grave riesgo de un posible conflicto de este tipo sería no sólo la humillación de Europa, sino su hundimiento en una condición aún más acentuada de dependencia-sometimiento. Significaría destrozarse durante décadas cualquier posibilidad de recuperación, moral y política en primer lugar, pero no sólo eso.

Por esta razón, es importante entender que una tercera gran guerra en suelo europeo tendría consecuencias terribles para generaciones y, por lo tanto, es necesario hacer todo lo posible para evitarla. Evitemos que los *Strangeloves* jueguen con fuego, antes de que el juego se salga de control y sea demasiado tarde.

Por **Enrico Tomaselli**

NOTAS

1. – Durante la Segunda Guerra Púnica, los ejércitos cartagineses de Aníbal, después de haber cruzado los **Alpes**, penetraron en la península itálica, trayendo allí la guerra y la destrucción durante 16 años. Esto fue percibido por **Roma** como la mayor amenaza que jamás se haya producido, y como resultado el deseo de aniquilación contra el poder rival (**Cartago** fue arrasada más tarde) y un profundo replanteamiento del ejército romano. ↩
2. – Como ya se ha examinado con mayor detalle (cf. «*Negar la profecía*», *Giubbe Rosse News*), el aumento del belicismo europeo, aunque lo más probable es que no corresponda a un deseo real de hacer la guerra a Rusia, sino más bien de mostrarse dispuesto a disuadir a Moscú, corre el riesgo concreto de tener el efecto contrario, es decir, aparecer como una amenaza desde el punto de vista ruso y, en consecuencia, ser tomado en serio. ↩
3. – Los misiles hipersónicos son prácticamente indetectables. Viajan a unas nueve veces la velocidad del sonido, es decir, más de 10.000 kilómetros por hora. La eventual maniobra de intercepción requiere que el radar detecte el misil y transmita sus coordenadas al sistema antiaéreo (**Patriot**), luego el sistema Patriot

tarda de cinco a siete minutos en entrar en funcionamiento. Un misil **Zircon** recorre unos 1.000 km en ese tiempo. Uno de los principales requisitos para la intercepción es la presencia de un campo de radar continuo, que permita detectar el objetivo desde el principio hasta el final del vuelo. Pero un radar *siempre activo* significa convertirlo en un objetivo identificado y localizado, que puede ser atacado con drones o bombas planeadoras. ↩

Columna publicada originalmente el 1 de abril de 2024 en [Noticias de Casacas Rojas](#).

Fuente [fotografía](#)

Sigue leyendo:

Autismo occidental

Fuente: El Ciudadano